


Chica, 1983

LINN ULLMANN

Traducción de Ana Flecha Marco

gatopardo ediciones 

Título original: *Jente*, 1983

Copyright © 2021, Linn Ullmann

All rights reserved

Esta traducción ha recibido la ayuda de

NORLA, *Norwegian Literature Abroad*

N NORLA
NORWEGIAN LITERATURE ABROAD

© de la traducción: Ana Flecha, 2022

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2023

Rambla de Catalunya, 131, 1.º, 1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo, 2023

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Retrato de Linn Ullmann

© Albane Navizet (1983)

Diseño de imagen de la cubierta: © Jørgen Brynhildsvoll

Imagen de la solapa: © Kristin Svanæs-Soot (2020)

ISBN: 978-84-126166-2-0

Depósito legal: B 5177-2023

Impresión: Liberdúplex S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Niels



Cuando ella se despertó, estaba en un bosque grande y volvió a ponerse en marcha, pero no sabía hacia dónde.

VALEMON, el rey que era un oso polar



I

AZUL



Tengo dieciséis años y apoyo los brazos cruzados en la mesa alta que está frente a mí, descanso la mejilla en una mano y miro a la cámara. En la foto, que ya no existe y que nadie aparte de mí recuerda, se intuyen mis hombros desnudos. Creo que el objetivo de la imagen es sugerir desnudez, que todo lo que una mujer joven necesita llevar puesto para salir al mundo es un par de pendientes largos.



Creía que ya no existías, pero entonces apareciste bajo un olmo en septiembre, hace año y medio, y exististe que te escuchara.

Eres transparente. Sin rasgos faciales. Acuosa.

Puedo decir: Nuestra madre te parió dormida, y después huiste.

Puedo decir: Describirte es lo más difícil que he intentado hacer nunca. Me pides que haga cosas imposibles y no me escuchas cuando te digo que no soy capaz.

A veces creo que nuestra madre intuye que tiene otra hija, que somos dos, pero después desecha la idea. ¡Ya está!

Esta primavera, las semillas de los olmos planean sobre Oslo, caen al suelo un día tras otro, como una tormenta amable, silenciosa, blanca; como hojas o nieve sucia se amontonan en las aceras y en los parques, sobrevuelan los tejados de las casas. Busco en internet, me pregunto si será una buena o una mala señal, qué significa, pienso, que haya tantas. ¿Seguro que es una señal? Creo que doy demasiada importancia a las señales o a lo que percibo como tales. El viento cuele semillas de olmo en los pisos de la gente, semillas planas y finas que no parecen semillas y que forman distintos dibujos en el aire. Se posan en el suelo, en la bañera, sobre las sábanas. Busco *muchísimas semillas de olmo*, pero no encuentro nada. Busco *semillas de olmo señales*, pero no encuentro nada.

Quédate en la cama, dijiste, casi apesadumbrada, yo te abrazo. Yo quería levantarme, era de día, oía la voz de Eva en el salón, mi marido le dijo algo y ella se rió, pero tú dijiste *no*. Así que en lugar de levantarme me quedé en la cama escuchando en el móvil una entrevista a la poeta estadounidense Sharon Olds. Decía que una de las razones por las que ya no se maquilla es porque quiere asustar a la gente. «Si se acercan lo suficiente —decía— verán que hay algo distinto, que hay algo que no encaja. Soy embrionaria —dijo (y entonces pensé en ti)—, sin cejas, sin pestañas, sin boca.»

Yo, por el contrario, lo tengo todo (cejas, pestañas, boca), y la foto de la que voy a hablar la hizo A. en un estudio de fotografía de París, en el invierno de 1983. Los pendientes largos eran de bisutería, nada caros, al contrario. Tenía un joyero lleno de pendientes como esos en el piso que compartía con mi madre en Nueva York. Pendientes largos. Brillantes. Bisutería. Baratijas. Pero una de las piedras, la que estaba más cerca del lóbulo, era azul. De eso me acuerdo.

*

El abrigo nuevo, comprado en Bloomingdale's a principios de enero de 1983, me llega hasta los pies. Es de paño azul y tiene un cinturón que se anuda a la cintura. Tengo dieciséis años. A. vive en Nueva York, pero tiene un piso en París. «Igual quieres ir conmigo alguna vez», me dice.

*

Cuando tenía seis o siete años, y de nuevo a los once, y una vez más a los trece, soñé con una enorme medusa azul con largos tentáculos. En el sueño todo era azul. Mis labios, porque el agua estaba helada y yo tenía mucho frío, las nubes,

el mar. En algún lugar leí (cuando ya era adulta y ya no soñaba con ellas) que las medusas cambian de forma a lo largo de su vida. Larvas, pólipos, campana. No tenía miedo. En el sueño no.

*

Tengo dieciséis años. Es de noche. Estoy en el piso de París de A., pero no me he quitado el abrigo. Es un piso pequeño, una habitación y una cocina, con suelo de parqué y grandes ventanas y un baño con azulejos azules encima del lavabo. Estoy en medio de la habitación. Me rodeo la cintura con los brazos en una especie de abrazo, o a modo de cinturón extra para mantener el abrigo en su sitio.

—¿No te vas a quitar el abrigo?

—Sí, claro.

—Es muy tarde.

—Sí.

—¿Por qué has venido?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no te has ido a tu hotel?

*

Eras la chica que no quería morir y ahora, después de haber pasado muchos años lejos, has vuelto a perderte dentro de mí. Cuando era niña, me imaginaba que vivías a caballo entre el papel pintado y mi ropa, y que parecías un insecto grande, una libélula, y en lugar de un vestido tenías un par de alas brillantes.

Me imaginaba que éramos hermanas. Tengo cuatro hermanastras de carne y hueso, pero quería tener una hermana

en condiciones, una hermana con todas las letras que estuviera siempre conmigo. Tenía a mi mejor amiga Heidi, nos parecíamos físicamente, pero Heidi tenía a su propia hermana. Tú y yo nos prometimos que no nos separaríamos nunca. Yo quería que mezcláramos nuestra sangre, pero tú no tienes sangre, así que no lo hicimos.

Cuando era niña me daban miedo los insectos y la oscuridad, y los adultos que se emborrachaban...

y la guerra nuclear y la ira de mis padres...

y la muerte, no la mía, sino la de mi madre...

y los deportes con pelota y los ruidos fuertes...

y que me tocaran y me abrazaran...

*

Conocí a A. en un ascensor del Carnegie Hall, entre las calles 56 y 57 Oeste. No nos dijimos nada, así que decir que lo conocí tal vez no sea lo más adecuado. Tal y como me lo imagino ahora, casi cuarenta años más tarde, había varias personas en el ascensor, que paró varias veces, piso tras piso, y la gente entraba y salía. Más tarde, él dijo que lo que lo había conquistado era mi sonrisa. No me lo creo. Yo no solía sonreír, desde luego no a los dieciséis años. Tal vez lo conquistara el vestido rosa de rayas blancas, mitad golosina, mitad punk, y el gorro grande de punto rojo de Noruega. El gorro de mamá. No estoy diciendo que se enamorara del vestido en sí —sin mangas, con tirantes finos, ceñido en el pecho y en la cintura para después desplegarse en una falda vaporosa que caía hasta las rodillas—, sino de la chica a la que claramente le encantaba lucirlo. Esa cintura estrecha la tiene desde hace tiempo, los pechos son casi nuevos y aún no están del todo desarrollados. Fue casi plana hasta finales de 1981 o principios de 1982. La cazadora de cuero prestada

que lleva sin abrochar es cuatro tallas más grande y le cuelga de los hombros desnudos, y contrasta con el vestido de verano rosa con rayas blancas que lleva debajo. El único propósito que tiene la cazadora de cuero en esta imagen es que hay que quitársela, que alguien se la tiene que arrancar.

Según una investigación que he leído sobre la composición del cuerpo, el cerebro y el corazón se componen de un 73% de agua; los pulmones, de un 83%; la piel, de un 64%; los músculos y los riñones, de un 79%, y el esqueleto, de un 31%. Todo lo que escribo aquí, lo que sucedió antes y mientras y después de que A. me hiciera una foto en París, se compone principalmente de olvido, de la misma manera que el cuerpo se compone principalmente de agua. Lo que no recuerdo, que solo se me aparece en sueños, percepciones o dolores, no se puede escribir, pero lo escribiré de todas formas.

*

A. salió del ascensor, se alejó por el pasillo, abrió la puerta de su estudio de fotografía y llamó por teléfono a la mujer que yo aquí llamo Maxine y que tenía su despacho en el mismo edificio. «Acabo de ver a una chica en el ascensor. ¿Es una de las tuyas?»

Intento recordar sus voces, la de A. y la de Maxine. ¿Y qué hay de la voz de la chica noruega de dieciséis años a quien de vez en cuando llaman Karin? Ese es el nombre que pone en su pasaporte. Desde que se ha mudado a Nueva York con su madre, que es actriz, habla más inglés que noruego. No tengo recuerdos de esa voz. El inglés no es su lengua materna ni paterna, es medio noruega, medio sueca, me imagino que percibo una pizca de aplomo cuando habla, y que tiene que ver con el inglés, como si esa tercera lengua fuera un vestido prestado que finge que es suyo.

También percibo inseguridad —la chica siente inseguridad por todo— y esa inseguridad le confiere un innegable timbre a su voz que su padre sueco, si la hubiera oído hablar, habría definido como complaciente.

He buscado los nombres de A. y de Maxine, he buscado vídeos, pero no he encontrado nada con sonido. Pensaba que, tal vez, si oía sus voces, nuestras voces, se me desencadenarían los recuerdos, reventaría el grano de pus que es mi historia en esa época.

«¿Me la puedes subir? Quiero echarle un vistazo.»

Maxine era una mujer elegante, con vestidos negros y holgados, hechos a medida, que no dejaban nada de piel al descubierto. Llevaba collares de perlas blancas y gafas redondas con montura negra. «La belleza son muchas cosas», decía. Al principio fue agente de fotógrafos prometedores, más tarde también de una variada selección de modelos, chicas y chicos, blancos y negros, heteros y gais, jóvenes y no tan jóvenes. Era una adelantada a su tiempo y se imaginaba un mundo en el que ser chica o chico, blanco o negro, hetero o gay no fueran categorías fijas. En el cajón del escritorio tengo una foto de ella en la que posa con Andy Warhol, que lleva un traje oscuro y corbata para la ocasión. Parece un escolar, saca la barriga, aunque no hay mucho que sacar. Maxine lleva un pañuelo de seda anudado al pelo, un cinturón estrecho ceñido a la cintura y un broche de plata sobre el pecho izquierdo. En la foto es más joven que cuando la conocí. Se agarran del brazo, muy erizados el uno junto al otro, como un viejo matrimonio, bromean y se lo pasan bien.

Maxine tenía razón cuando decía que la belleza son muchas cosas, y lo decía en una época en la que la belleza equivalía a ser blanca, delgada, alta y de ojos azules. Hablo de las chicas, de la belleza de las chicas, no de otras cosas que pueden ser bellas como los jarrones, los árboles, las ro-

sas, las piedras. Yo le dedicaba mucho tiempo a la belleza. ¿Yo era guapa?

—No. Tu madre es una de las mujeres más guapas del mundo —dijo Maxine, y tenía razón—. Tal vez pueda hacer algo contigo —añadió.

Un año más tarde, en 1984, Marguerite Duras publicó la novela *El amante*, en la que escribió: «Parezco lo que quiero parecer, incluso hermosa si eso es lo que quiero que sea». Y entonces A. llamó y dijo que quería «echar un vistazo».

—Quítate la cazadora —dijo Maxine—. No te escondas.

—Me la han prestado —respondí.

—Me da lo mismo —replicó—. Quítatela. A. trabaja para la edición francesa de *Vogue*. Es uno de los mejores. Te ha visto y puede que quiera usarte.

Me vio en el ascensor.

Dijo que yo le había sonreído, pero no era cierto. Lo que yo había hecho cuando me di cuenta de que me estaba mirando era estirarme, echar los hombros hacia atrás —un movimiento casi imperceptible—, una sencilla coreografía para una chica de dieciséis años que ya ha dejado atrás la infancia, un hormigueo salvaje en las caderas, en la columna, en el cuello, en las mejillas, en la frente, «tenía el rostro del placer», y entonces él llamó a Maxine y le dijo que quería echar un vistazo.

Me quité la cazadora de cuero, pero me dejé puesto el gorro rojo de mi madre. Tenía mucho frío en los brazos.

—Tienes la piel de gallina —me dijo al abrir la puerta, y me invitó a pasar.

Me señaló los brazos desnudos.

—Es octubre —le dije—. Casi noviembre.

—¿Cuántos años tienes? ¿Catorce? ¿Quince?

—Dieciséis.

*

Justo antes de Navidad, A. me invita a «tomar una copa» en su casa, en Carnegie Hall. Vive y trabaja en el mismo edificio. Hay más gente, una pequeña reunión, no es una cena, solo hay bebidas azules y cocaína. El piso es amplio y diáfano, con grandes ventanas en forma de arco, estanterías y fotografías en las paredes. Me gustan las paredes blancas de A. y las fotografías en marcos sencillos de color negro. En esa velada de antes de Navidad nos sentamos los dos en el suelo de parqué de color claro, cada uno con una copa con un líquido azulado dentro. Alguien pone un disco. Jimi Hendrix. A. me retira el pelo de la cara y me dice que me lo debería cortar muy corto, como Mia Farrow...

—En *La semilla del diablo* —interrumpo.

—Exacto —dice él—. Como Mia Farrow en *La semilla del diablo*.

Y entonces me susurra al oído: «Digna hija de tu padre». Muchos de los hombres de su familia se han dedicado al cine. Tenemos eso en común. Una mujer alta y delgadísima pasa por nuestro lado y se tropieza con nuestras piernas. Se queda tirada en el suelo. Ni se molesta en levantarse. Allí, sentada, me pregunto si retirarme el pelo de la cara será una caricia. ¿No es demasiado mayor para desearme de esa manera?

—Esta chica ha visto una cantidad increíble de películas para tener quince años —le dice A. a la mujer cuando esta se pone de pie y, tambaleándose, se dirige al cuarto de baño. Me señala con el dedo—. Digna hija de su padre —repite.

La delgadísima mujer meneaba la cabeza.

—La verdad es que me da lo mismo —murmura.

A. me mira y se ríe.

—Yo no soy la hija de nadie —digo yo.

Él asiente.

—Vale.